

Esta carta de Villahermosa debió revelar a la camarilla de la Lespinasse que su correspondencia con Mora se interceptaba en Madrid; y por eso, sin duda, D'Alembert da un paso adelante en su segunda carta del 9 de Enero de 1773, escogiendo a Villahermosa como estafeta segura para hacer llegar a manos de Mora las cartas de la Lespinasse.

«Señor Duque: Tan penetrado de reconocimiento me dejan vuestras bondades, que no sé diferir el asegurároslo. Las noticias del señor Marqués de Mora que habéis tenido la bondad de darme, son las más detalladas y consoladoras que hasta ahora he recibido. Veo con el mayor placer que comienza a poder salir, puesto que ha estado a comer en vuestra casa. Creo firmemente que no cometerá ninguna imprudencia y que se guardará de todo lo que puede ocasionarle algún constipado. Mucho me sorprende, sin embargo, lo que me decís del frío riguroso que hace en Madrid, porque hasta ahora el invierno ha sido muy benigno en París, a excepción de dos o tres días de hielo bastante fuerte. Pero me sorprende mucho más todavía, Sr. Duque, lo que me decís de que el Sr. Marqués de Mora ha escrito varias cartas a Mlle. de Lespinasse. Ninguna de

ellas ha recibido ésta, y seguramente no está la culpa en el correo de aquí, donde de ningún modo se pierden. Mlle. de Lespinasse, lo mismo que otros amigos del Sr. Marqués de Mora, tienen motivos para creer que la misma suerte han sufrido las cartas que ellos le han escrito; por lo tanto, Sr. Duque, permitidme suplicaros que entreguéis la adjunta carta al señor Marqués de Mora. Veis que me aprovecho, y aun quizá abuso, de la amabilidad con que me honráis: muy feliz seré yo si puedo encontrar ocasión de seros útil en París, y me dais vuestras órdenes. Mme. Geoffrin ha agradecido mucho vuestro recuerdo, lo mismo que Mlle. de Lespinasse, la cual siente muy de veras no haber gozado más a menudo de vuestro trato durante vuestra permanencia en París. Si estuvierais aquí, Sr. Duque, tendríais el placer de oír y juzgar a una nueva actriz trágica, que ha recibido el público con grandes aplausos. Pero lo que me interesa más todavía es la extinción de los jesuitas, de que espero se ocupe seriamente la Corte de España. Han recurrido al Rey de Prusia para ponerse bajo su protección, y este Príncipe les ha contestado burlándose de ellos. El Sr. Marqués de Mora habrá podido enseñaros un diálogo entre el

Papa, los jesuitas y los Príncipes de Europa, en que todas las palabras están sacadas de la Pasión, y las aplicaciones son bastante justas y graciosas. Concluyo, Sr. Duque, suplicándole de nuevo excuse mi importunidad, etcétera, etc.»

Otra recaída de Mora, que Villahermosa cuidó, sin duda, de anunciar a la camarilla filosófica, vino a infundir en ésta nuevas alarmas. D'Alembert, o, mejor dicho, la Lespinasse, puesto que hartó claro aparece que el complaciente filósofo no es en todo esto sino pantalla de su amiga, echó entonces por delante a Lorry, poniéndole en comunicación con Mora, e insinuando él mismo a Villahermosa, por primera vez, la idea de sacar de Madrid al desdichado enfermo.

«París 9 de Febrero de 1773.

«Señor Duque: Por afflictivas que sean las noticias que me dais sobre la salud del señor Marqués de Mora, quedo penetrado de reconocimiento por vuestra amabilidad al dárme las. Veo con dolor que no bien comenzábamos a confiar en su convalecencia, han venido a turbarla nuevos accidentes. M. Lorry debe haberle escrito hace ya tiempo, según se lo su-

pliqué yo mismo. Por eso me ha parecido lo más urgente enterarle de estos nuevos accidentes de que me dáis cuenta, y espero que el Sr. Marqués de Mora recibirá por este correo los nuevos consejos que desee de M. Lorry para su alivio y consuelo. Debo confesaros, señor Duque, que M. Lorry es en absoluto de parecer que el Sr. Marqués de Mora se aleje de Madrid, cuyo clima es completamente contrario a su estado. No dudo de que M. Lorry insistirá en su carta sobre este punto esencial, y añadido que éste es el deseo unánime de todos los amigos que el Sr. Marqués de Mora ha dejado en Francia, y el mío en particular, por el interés que me inspiran su felicidad y conservación. Sin embargo, como quizá esté demasiado débil en estos momentos para moverlo, sería conveniente que el Sr. Marqués de Mora no precipitase su marcha; pero es indispensable, a mi juicio, que la lleve a cabo en cuanto sus fuerzas se lo permitan. Siento, señor Duque, que pueda seros triste esta separación; pero vos amáis al Sr. Marqués de Mora por sí mismo, y no os privaréis de él algún tiempo sino para poder conservarlo. Os quedaré agradecido, Sr. Duque, de la manera más viva y sensible, si tenéis a bien seguir instru-

yéndome del estado de un enfermo que a todos nos es tan querido. Mlle. de Lespinasse se une a mí para suplicároslo, y me encarga expresar su agradecimiento por lo lisonjero de vuestra carta. ¡Lástima grande que no pueda yo, tan lejos de vos, atestiguaros de otro modo que con estériles gracias lo profundo de mi gratitud y lo feliz que me consideraría si os dignaseis ofrecerme ocasión de mostrároslo!

»El Sr. Marqués de Mora ha debido recibir hace pocos días un discurso de M. Voltaire, que os habrá gustado seguramente, porque ridiculiza con mucha gracia el fanatismo absurdo de nuestra Universidad de París, que no va en zaga a vuestras Universidades de Salamanca y Alcalá. También ha debido recibir al mismo tiempo otra obra más seria, y tanto más molesta para los que ataca, cuanto que los absurdos y atrocidades de éstos quedan al alcance de los talentos más vulgares. Esta obra es la más *popular* que se ha publicado hasta el presente sobre semejantes materias. Recibid, señor Duque, reiteradas seguridades de mi más vivo reconocimiento, etc., etc.»

Es de notar que en ninguna de estas cartas, escritas todas durante la larga agonía de la Condesa de Fuentes, tenga D'Alembert para

esta señora la menor frase de interés, ni aun siquiera de cumplimiento, sufriendo ella la misma enfermedad que su hijo, y siéndole, por lo tanto, convenientes los remedios y soluciones que con tanto calor proponía el filósofo para Mora. En cambio, dedica en todas sus cartas, a contar desde la siguiente, expresivas frases a la Duquesa de Villahermosa, a quien no conocía, y cuyas enfermedades de entonces eran achaques pasajeros, que no le impedían dedicarse por completo al cuidado de su madre y de su hermano. La enfermedad concedió a Mora una corta tregua, y la camarilla de la Lespinasse aparece mientras tanto tranquila, esperando sin duda la próxima muerte de la Condesa de Fuentes, como coyuntura más favorable para arrancar de Madrid el enfermo. Mas las cartas de éste y las que a él escribían tornaron a secuestrarse, y de nuevo aparece D'Alembert en escena, convirtiendo a Villahermosa en estafeta de sus manejos.

«París 26 de Abril de 1773.

»Señor Duque: Esperaba entrar de nuevo en tiempo profano, después de pasadas estas santas semanas, para responder a la carta que

me habéis hecho el honor de escribirme, y reiterarle mis humildes gracias por las noticias que tenéis la bondad de darme sobre el señor Marqués de Mora. Por las que he tenido después de vuestra carta, veo que la mejoría se sostiene, y deseo vivamente, lo mismo que vos que las causas morales no turben las operaciones físicas que la naturaleza obra para restablecerle. Sé por él mismo, Sr. Duque, que recibe con poca exactitud las cartas que se le escriben, perdiéndose muchas de ellas, lo mismo que las dirigidas aquí por él. Lo cual me obliga a incluir en ésta la adjunta carta, que os suplico le entreguéis. Quedo encantado de lo que me hacéis el honor de decirme sobre la mejoría de la Sra. Duquesa de Villahermosa, y espero que la buena estación de que sin duda gozáis ya en esa acabará de restablecerla. Espero también no acabar mi vida sin tener el honor de presentarle mis respetos y me lisonjeo de que no tardará este momento, si es cierto lo que se dice en Versalles de que el Conde de Fuentes volverá a Francia, según el deseo unánime de toda la Corte, y sobre todo del Rey.

»Hemos sabido los temblores de tierra de Madrid y esperamos detalles, temiendo las

consecuencias. En cuanto a Portugal, no conozco el nuevo plan de estudios de que me habláis, ni comprendo a qué me hacen el honor de citarme a este propósito; y dudo mucho, como vos, Sr. Duque, que un plan de estudios en tres gruesos volúmenes sea obra de una cabeza muy filosófica.

»Mr. de Voltaire está mucho mejor, y aun bastante bien para hacer esperar a sus amigos y a los amantes de las letras conservarle algún tiempo. En cuanto a nuestros Welches, que no valen más que vuestros Iberos, siguen siempre lo mismo: gravemente ocupados en nada, y trabajando con frivolidad las cosas importantes. La Semana Santa ha dado treguas a teatros y tribunales; pero ha producido, en cambio, muchos robos y asesinatos. Después de la apertura de los teatros ha vuelto a ser objeto de las conversaciones la actriz nueva que trastornó todas las cabezas el invierno pasado, sin hacer mella en la mía. Se habla unas veces de guerra y otras de paz, sin interés y sin fruto, como se habla de todo en París. Los filósofos esperan impacientes la noticia de la extinción de los jesuitas, a la cual dicen ahora que se opone la piadosa María Teresa. Es de esperar, felizmente, que esta noti-

cia no tenga fundamento; si fuese cierto, sería necesario confesar que estos culebrones tienen la vida dura.

»Si veis al Sr. Duque de Alba, me atreveré a suplicaros le digáis que he recibido la caja de libros que tuvo la bondad de enviarme; que tendré el honor de darle en breve mis gracias y las de la Academia Francesa, y que retardo algunos días la respuesta que le debo, para incluir en ella la carta que tendré el honor de escribir al infante D. Gabriel, por su traducción castellana de *Salustio*, que he leído con el mayor placer. Tengo el honor, Sr. Duque, con el más profundo respeto, etc., etc.

»P. D. Mlle. de Lespinasse me encarga le diga cuánto ha agradecido la honra de sus recuerdos y cuánto desea vuestra vuelta, en la esperanza de hacer conocimiento con vos, y ser más feliz que lo ha sido durante vuestra anterior permanencia aquí.»

El 23 de Julio sabíase ya en París la muerte de D. Jorge Azlor, único hermano de Villahermosa, y apresúrase D'Alembert a dar a éste su pésame, sin que tampoco mencione en su carta a la Condesa de Fuentes, tan próxima ya a las puertas de la muerte.

«París 23 de Julio de 1773.

»Señor Duque: Acabo de saber con gran pena la pérdida que habéis sufrido de vuestro señor hermano, arrebatado casi repentinamente. El dolor que os aflige honra vuestros sentimientos y su memoria, y es tanto más justo, cuanto que debíais esperar conservarle largo tiempo, además de que sus cualidades, según testimonio de cuantos le han conocido, justificaban la ternura que le profesabais. Habéis adquirido, Sr. Duque, tantos derechos a mi agradecimiento y sensibilidad, que siempre partiré de todo corazón cuanto puede interesaros. Supongo que seguiréis la Corte a San Ildefonso (1); también debe acompañaros el Sr. Marqués de Mora, y espero que su estancia allí le será menos peligrosa que la de Madrid, porque dicen que en San Ildefonso no se hace sentir el calor. Mas si, por desgracia, le sobreviniese algún nuevo accidente, espero, Sr. Duque, que me lo avisaréis con la bondad con que hasta ahora me habéis honrado, y cuyo valor sé apreciar.

»Mlle. de Lespinasse y Mme. Geoffrin toman

(1) Este viaje no llegó a efectuarse por haberse empeorado la Condesa de Fuentes a principios de Agosto.

parte muy sensible en la pérdida que os aflige, y me encargan asegurároslo.

»Permitidme pediros noticias de la Sra. Duquesa de Villahermosa. ¿Continúa gozando de buena salud? Permitidme también asegurarla mi profundo respeto. Conocéis, Sr. Duque, los invariables sentimientos, etc., etc.»

Murió al cabo la Condesa de Fuentes el 12 de Octubre de 1773, y no bien llegó la noticia a París, apresuróse la Lespinasse a echar de nuevo por delante a sus aliados D'Alembert y Lorry, y aun al Conde de Egmont, engañado sin duda por éste, volviendo siempre sobre el mismo tema, y procurando conquistar al Conde de Fuentes y a los Villahermosa, únicos que podían ya oponerse en España a sus planes. En la siguiente carta enternécese el sensible corazón de D'Alembert ante la desgracia de la Condesa de Fuentes, y al considerarla segura bajo tierra, es cuando se le ocurre asegurar que el puro aire de París la hubiera también salvado, como había de salvar, según Lorry, al Marqués de Mora.

«París 12 de Noviembre de 1773.

»Señor Duque: He recibido con tanto gusto como agradecimiento las pruebas de vuestro

recuerdo y vuestra bondad. Pero veo con mucha pena lo dolorosamente que está afectada vuestra alma: jamás se ha expresado el sentimiento de manera más conmovedora y más propia para hacer sentir a los demás todo lo que vos sufrís. Había pedido muchas veces noticias vuestras al Sr. Caballero de Magallón, y supe por él y por el Sr. Marqués de Mora que os habíais abandonado por completo al dolor, y marchado a vuestras tierras. Otro acontecimiento desgraciado, y a propósito para aumentar vuestra tristeza, os ha hecho volver sin duda (1). Permitidme repetiros que tomaré toda mi vida muy sincera parte en cuanto pueda interesar a vuestra felicidad. Sé que la Sra. Duquesa de Villahermosa se halla al presente menos acongojada que en los primeros momentos de la pérdida que ha sufrido. No es extraño que este triste suceso haya hecho renacer sus molestias. Mas no puede menos de ocurrírseme que a veces ayudan las circunstancias a los acontecimientos desgraciados. Si la Sra. Condesa de Fuentes hubiese muerto cuatro meses antes, quizá esta muerte hubiera fijado al Sr. Conde de París, resultando así el

(1) La muerte de la Condesa de Fuentes.

bien de las dos naciones y la ventaja particular de todos vuestros amigos y los del Sr. Marqués de Mora, cuya desdichada salud les tiene en continuas alarmas. Supimos su última recaída, y los médicos están convencidos de que le repetirán esos accidentes si no cambia de clima. Yo creo que si la misma señora Condesa de Fuentes hubiese permanecido en este país, se hubiera podido salvarla. Por lo común cuesta trabajo convencerse de que el aire natal sea contrario a la salud; pero hay mil ejemplos, y al menos conviene evitarlo una temporada. Mucho desearía, Sr. Duque, que para vuestro consuelo y distracción os decidieseis a pasar por aquí algún tiempo, en compañía de tantos amigos que os serán seguramente queridos. Por mi parte, me consideraría muy feliz si encontrara ocasión de cultivar vuestro trato y la benevolencia con que me honráis.

»Tenemos aquí al Nuncio, de que me hacéis el honor de hablarme; es, en efecto, un verdadero niño; pero dicen que él no está encargado sino de la mímica del oficio, y que tiene un Auditor que se encarga del resto. Por aquí andan muy divertidos con las fiestas del casamiento del Conde de Artois. Me ocupo tan poco de esto, que nada puedo deciros de ello, y os

creo, por otra parte, en disposición bien contraria a este género de pasatiempos. Madame Geoffrin y Mlle. de Lespinasse quedan muy agradecidas al honor de vuestro recuerdo. Esta última se halla en un estado de debilidad y sufrimiento, que no puede ser más a propósito para sentir y compartir vuestro dolor: así es que la lectura de vuestra carta la ha impresionado vivamente. En el caso de que, por desgracia, repitiesen al Sr. Marqués de Mora los accidentes, me atrevo, Sr. Duque, a reclamar vuestras antiguas bondades. Sóis tan sensible, que no temo mostraros lo que es necesidad de mi corazón y del de los amigos de Mr. de Mora. Acabo, como me lo habéis ordenado, renovándoos la seguridad, etc., etc.

»P. D.—Recibo en este momento, Sr. Duque, una carta que Mr. Lorry me envía para hacerla llegar al Sr. Marqués de Mora, y que le dirijo por este mismo correo. Veréis por ella cómo Mr. Lorry insiste en la necesidad de dejar el clima de Madrid, como ya tuve el honor de indicaros. Me dice también que ha escrito al Sr. Conde de Fuentes por medio del señor Conde de Egmont, para darle su dictamen sobre el estado de su señor hijo. El de la señora Duquesa de Villahermosa inquieta a las per-